

CAPÍTULO III.

Esceso en comer y beber en los siglos pasados.

LA sensualidad no nace como pasión enteramente formada, según lo son la venganza, el amor y la ambición; ella no se hace tal, sino con el auxilio de la hábitud, ó *por falta de otras sensaciones más fuertes*. Este es el motivo porque se ven más personas sensuales entre los viejos y los de edad madura, que entre los jóvenes. Si los niños son á veces sensuales es por la misma razón que los viejos; y á menos que no tengan una compleción flemática ó débil, no se muestran sensuales sino á intervalos. Las diversiones, los juguetes, los juegos, por los que prueban sus fuerzas ó destreza, prevalecen sobre la glotonería. Al contrario en la vejez, se hace el hombre más constantemente sensual, porque es menor la susceptibilidad de otras sensaciones. Por esto los viejos que olvidan no pocas veces á las mujeres, no olvidan siempre el vino y los buenos licores, porque en la vejez queda la facultad de embriagarse, que suplente á las otras facultades destruidas.

Cuando los placeres de los sentidos se hermanan ó confunden con los placeres del corazón y del es-

píritu; cuando no son, por decirlo así, sino su sombra, ó reverbero, su influencia es uno de los dulces encantos de la vida; bien lejos de estinguir la actividad del alma, la alimentan y acrecen.

Pero si algún gusto sensual nos cautiva de una manera exclusiva; si adquiere la fuerza de una verdadera necesidad; entonces sofoca cualquier otro sentimiento y nos rebaja al grado de los animales, que en nada se distinguen del hombre moral; sino en esa ciega y absoluta dependencia de un instinto dominador.

La experiencia demuestra que los hombres dotados de las más felices disposiciones, de talentos distinguidos y aun de virtudes estimables, se embrutecen completamente, si se abandonan muy imprudentemente al ímpetu de sus inclinaciones sensuales; y otros jamás llegan al grado de perfección intelectual y moral á que parecían llamados por la sensible superioridad de los dones con que la naturaleza los había colmado á manos llenas. Obsérvese á Antonio, piénsese en la eminencia de su genio como guerrero, como orador, como político, y recuérdese la vergüenza y la infelicidad de su destino. Antonio habría sido igual á César, y ciertamente vencedor de Octavio, si se hubiera dejado dominar menos del ímpetu de su temperamento y de sus gustos sensuales.

Entre todas las sensualidades las que más entorpecen el espíritu, son la embriaguez y la glotonería.

Combinando las antecedentes reflexiones con las ideas espuestas en el capítulo primero, no causará sorpresa, que remontando el curso de los siglos, hallemos como dominantes á la embriaguez y glotonería entre los pueblos bárbaros y semibárbaros, principalmente en los climas frios, unidas á los vicios asquerosos y feroces que las acompañan.

En las islas occidentales de Escocia en el siglo XVIII se miraba como acto de valor beber hasta embriagarse. Los habitantes ocupaban 24 ó tal vez 48 horas en estar bebiendo. A las puertas de estas orgías se encontraban dos hombres provistos de unas angarillas para trasladar á sus casas á los ébrios, unos despues de otros.

En Edinburgo, al menos hasta 1772, se daba todos los años un concierto por suscripcion el dia de santa Cecilia. Las mas hermosas damas de la ciudad eran convidadas por medio de un especial billete. Despues del concierto se reunian los suscritores en una taberna y cenaban juntos. Se colocaba sobre la mesa una cajita que llevaba el nombre de *Inferna*. Se presentaban los billetes de las damas que habian asistido al concierto y eran proclamadas una en pos de otra. Los billetes de las que no habian hallado algun campeón pronto á beber para *salvarlas*, eran tirados dentro de la cajita; y el que mas bebia, siempre que pudiera terminar aquella bravura bebiendo sin parar un gran vaso, llamado Santa Cecilia; y que de ordinario derribaba borra-

cho sobre el suelo al bebedor mas pujante, estaba autorizado á ir el dia siguiente á casa de su dama para presentarle su billete, gloriándose de haber bebido en su honor hasta embriagarse para *salvarla*. Era lo mas extraño, que aun cuando ella ninguna relacion hubiera tenido con él, era siempre bien acogido, se le manifestaba el mas rendido agradecimiento, y se le invitaba á renovar sus visitas cuando gustase. He conocido damas, dice Odier que refiere el hecho, en cuyo honor uno de estos bravos habia bebido de 17 á 18 botellas de ponche (puesto que este y no el vino era servido en estas borracheras) y las cuales se gloriaban altamente de ello.

Le Grand d'Aussy, que escribia á mediados del siglo XVIII, recordando la antigua costumbre vigente en Francia de obligar á los comensales á beber, y las leyes que la condenaron, añade: "El tiempo no ha podido curarnos de esta reprehensible extravagancia: todavia se encuentra en muchas partes del reino y en mas de una clase. Hubo tambien un tiempo en que cuando alguno asistia á una comida de bebedores, y rehusaba beber como ellos, pedia la costumbre que se le cortase el capuchon, como señal de insulto."

Despues de la mitad del indicado siglo, los franceses cantaban en la mesa una cancion coreada, que en cada estrofa se declaraba, citando á Hipócrates;

Qu'il faut á chaque mois

S'enivrer au moins une fois.

no Pasemos al siglo XVII. No hay necesidad de recordar que otras veces casi todos los pueblos, y sobre todo los alemanes, se servían de cuernos para beber. Todavía se ven entre algunos particulares y en los museos, de estos cuernos, guarnecidos de plata ú oro. En los almanaques del Norte del siglo XVII, se indicaban los días de fiesta con un cuerno en vez de la crucecita de que usamos ahora; tan cierto es que en la opinión popular la idea de fiesta despierta principalmente la de embriaguez.

Le Grand d'Aussy dice de la nación francesa: "Ella había contraído, no sé cómo, en el siglo XVII, el gusto vergonzoso de la embriaguez. Los mas grandes señores iban á la taberna á formar compañías de borrachera, en que no se ruborizaban de embriagarse. Esta baja crápula se había hecho de moda, sobre todo entre las personas elegantes de la corte, á las cuales se daba el título de petits-maitres. Luis XIV, ese rey tan amigo de la decencia, en vano había oprimido con su desagrado, y castigado ejemplarmente algunos culpables de este vicio; él no logró desarraigarlo." (*)

Siglo XVI. Con ocasion de ciertos desórdenes cometidos en Bretaña por algunos ébrios, publicó Francisco I, rey de Francia, el siguiente edicto, fecho en 1536, que hizo estensivo á todo el reino: "Todo individuo, convencido de haberse embriagado, será condenado por la primera vez á la pe-

(*) Hist. de la vie privée des François, t. 3.

"na de cárcel, sin otro alimento que pan y agua; por la segunda será azotado; por la tercera lo será públicamente; y si reincidiere, será desterrado y se le cortarán las orejas." Despues de este decreto añade Le Grand d'Aussy: "Cuando un soberano promulga una ley cualquiera, debe á lo menos examinar antes si es tal que pueda hacerse efectiva. Acaso en el mismo día de esta promulgacion, se emborracharon mas de veinte mil personas en toda la estension del reino."

Festejándose un matrimonio en Livonia, despues de presentados todos los manjares, se comenzaba á bailar y beber; quien hubiera intentado librarse de esto, habria recibido una herida mas ó menos grave en el vientre. De grado ó por fuerza, era pues preciso acomodarse á ese uso. El que mejor que otros sabia beber, jurar, contorcerse, blasfemar y golpear á diestra y siniestra, de punta ó de filo, era creado rey de la fiesta y colocado en puesto alto: entonces crecia principalmente el estrépito, la confusion y el tumulto, que duraba toda la noche. Las botellas y cántaros eran á cada instante vaciados y llenos; y como se arrojaba por tierra cuanto quedaba en el fondo del vaso, resultaba el suelo completamente mundado, en términos que era necesario cubrirlo de heno para no caer.

Quando el exceso de la bebida había escaldado las cabezas, la baraunda se hacia terrible; muchos salian del convite con la cabeza descalabrada ó con

algun miembro menos; y los cirujanos de los alrededores se ocupaban toda la noche en curar enfermos y heridos. (*)

En el siglo XIV estaba de tal suerte estendida la embriaguez en Alemania, que Martin Lutero predijo que seria el vicio de los alemanes hasta el fin del mundo. Afortunadamente los progresos de la civilizacion, el uso del café y otras bebidas no espirituosas, han desmentido la prediccion del reformador.

Poco despues de Lutero, el poeta ingles Owen decia:

*Si latet in vino verum, ut proverbium dicunt,
Invenit verum Teulo, vel inveniet.*

La dieta de Colonia en 1512, atacando el desorden en su origen, prohibió el uso de los brindis y obligó á los magistrados á castigar severamente á los refractarios.

Siglo XV. En la dieta de Worms de 1495 fueron sancionadas leyes igualmente severas, aunque inútilmente.

Encontramos en este siglo establecidas en Inglaterra las llamadas misas *glotonas*, en que la voracidad y la embriaguez se asociaban á las ceremonias religiosas. Estas misas eran celebradas cinco veces al año en honor de la Bienaventurada Virgen María, del modo siguiente: Al alba del dia los habitantes de la parroquia se juntaban en la iglesia

(*) *Nouvelles annales des voyages, t. 6.*

cargados de manjares y licores de toda clase: apenas concluia la misa, comenzaba el banquete; y así el clero como los legos se abandonaban á ellos con igual ardor; la iglesia se encontraba trasformada en una taberna, y se volvia teatro de interés, destemplanza y heridas. Los eclesiásticos y habitantes de las diversas parroquias se disputaban la celebridad de hacer sus misas glotonas las mas espléndidas, ó de quién consumia mayor cantidad de manjares y licores en honor de la Virgen. Cuando los sínodos provinciales proscribieron estos escándalos vergonzosos, tuvieron el disgusto de oír que se les tachaba de querer *destruir la religion.*

Kotzebue en la obrilla titulada: *La Confraternidad del Cuerno*, dice: "Los habitantes de Strasburgo, así hombres como mugeres, se reunian en 29 de Agosto en la Catedral para celebrar la fiesta de la dedicacion del templo, no ya con oraciones sino con comilonas. En vez de himnos se cantaban canciones báquicas. Sacerdotes y legos, todos pasaban la noche en comer y beber: el altar servia de aparador; y apenas quedaba lugar bastante para el sacerdote que decia la misa, en tanto que sobre las gradas se bailaba y cantaba, por no decir mas. Los demás altares estaban igualmente ocupados de botellas: era preciso que cada uno bebiese; y el que aletargado por los vapores del vino, se adormecía en algun rincón, era despedido á piquetazos de alfiler. Los dominicos

“que servian la Iglesia, hallando su provecho en estas orgías, se guardaban muy bien de desacreditarlas. Únicamente en el año de 1480, un predicador intrépido, llamado Juan Geiler, se opuso á ellas en el púlpito; mas á pesar de sus esfuerzos, esta fiesta popular se conservó hasta 1549 en que fué totalmente abolida en un sínodo celebrado en Salerna.”

En Paris, cuando un reo era condenado á muerte, pedia el uso que se diese vino á los jueces encargados de asistir á la ejecucion, y el verdugo era el que lo presentaba: documentos auténticos demuestran que este uso fué observado en 1477, cuando fué ahorcado el Duque de Nemours.

Siglo XIV. Cuando los mas altos montes son ocupados por las aguas, es preciso concluir que los valles están inundados. Pues en el siglo XIV hallamos que emperadores, reyes y ministros, todos eran dados á la embriaguez. Venceslao, rey de romanos, habiendo ido á Rheims en 1397 para tratar con Carlos VI, rey de Francia, se embriagó allí muchas veces, de modo que no pudiendo venir un día á la sesion, quiso conceder mejor lo que se le pedia, que dejar de beber del vino de Rheims (*).

En un concilio, celebrado en Winchester en 1308, se condenan las proposiciones de matrimonio hechas en las tabernas, y se prohíbe al hombre y á la muger hacer promesas de contraerlo si no están en ayunas [*nisi jejuna saliva*].

(*) Vie privée des François.

Siglo XIII. Los cánones de los concilios pueden ser documento de la existencia de los vicios que ellos tan enérgicamente condenan. Pues la mayor parte de los antiguos concilios de Francia amenazan con diferentes penas á los eclesiásticos que se embriaguen. Algunos, especialmente el de Tours de 1282, prohíben á todo sacerdote la entrada en una taberna, escepto que sea en viage. San Luis, mas severo que los concilios, estendió la misma prohibicion á los legos.

Siglo XII. Lo que mas sorprende, dice Kotzebue, es que los mismos emperadores en la época de su coronacion estaban obligados á prometer con juramento al sumo pontífice de no embriagarse. [*¿Vis ne sobrietatem cum Dei auxilio custodire?*]

Se hace subir al siglo XII el origen de los pregonadores públicos de vino en Paris, aunque con sospechas de que venga de mas atrás. Entre las particularidades de esa confraternidad, que subsistió hasta la mitad del siglo pasado, habia la siguiente. Cuando alguno de ellos moria, todos los cofrades asistian á la procesion fúnebre en el traje de la hermandad. El cuerpo era llevado á la sepultura por cuatro de ellos: otros dos lo seguian; el primero cargado con un vaso para beber, y el segundo con otro mayor lleno de vino. El resto de la confraternidad iba delante, llevando en mano unas campanillas que se tocaban por toda la carrera de calles. En cada esquina se paraba la procesion; entonces cada uno

de los cargadores bebia un vaso de vino, y otro tanto era ofrecido á cualquiera espectador ó pasajero que fuese; y luego proseguia su viage la honorable compañía.

En aquel siglo decia Pedro de Blois: "Si se observa á nuestros barones y caballeros cuando parten para una expedicion militar, se verán caballos destinados al transporte de bagages, cargados no de fierro sino de vino, no de lanzas sino de quesos, no de espadas sino de botellas, no de picas sino de asadores, de modo que se creeria que van á una gran comida mas bien que á la guerra. Hay algunos que se disputan la gloria de comer y beber mas que otro, encantados con la fama de grandes devoradores y bebedores."

Tales costumbres dieron ocasion para decir al viejo poeta Bruschio:

*Illic nobilitas alterno nomine digna
Echaurire cados, siccareque pocula multa.*

Todos los escritores convienen que en los siglos XI y X, en que la ignorancia llegó á su colmo, era igualmente estrema la corrupcion, la perfidia, la embriaguez y todo género de vicios. Guillermo de Malmbusry decia de los dinamarqueses: "La nobleza estaba dada á la incontinencia y glotonería; pero la embriaguez era el vicio comun de todos los habitantes, que pasaban día y noche bebiendo sin interrupcion. Dábase fin á todas las reuniones con beber hasta el exceso; lo que tambien su-

cedia en las fiestas religiosas, escigiendo el uso tomar gran cantidad de licores en honor de Cristo, de la Virgen, de los Apóstoles y de los demás Santos." Cuando Edmundo I, rey de Inglaterra, celebró la fiesta de San Agustin, apóstol de los ingleses, en Puckle-Church, en el condado de Gloucester, el 26 de Mayo de 946, todos sus cortesanos y nobles se embriagaron de tal suerte, que, viendo á su soberano empeñado en una lucha con un ladrón que se habia introducido en la sala del festin y por quien aquel fué muerto, no tuvieron fuerza ni presencia de ánimo para darle el mas leve socorro.

Edgardo el Pacífico, que subió al trono nueve años despues de la muerte de Edmundo, para prevenir aquel vergonzoso abuso, manantial fecundo de tantos delitos, hizo un reglamento muy curioso, que puede merecer un lugar en la historia. El uso queria entonces que toda la compañía bebiese en un gran vaso, que giraba de una en otra mano, apurando cada uno cuanto le daba la gana. Este uso era ocasion de frecuentes reyertas, quejándose unos de que otros hubieran bebido mas que ellos, y á veces los estrechaban á beber mas de lo que quisieran. Para quitar del medio estas disputas, Edgardo mandó que en los indicados vasos se asegurasen puntas de cobre ú otro metal, situadas á cierta distancia unas de otras, y prohibió con determinada pena que ninguno bebiese ú obligase á otros á beber en una

sola vez mas vino del que se contenia entre dos de esas señales.

En el mismo siglo, el emperador griego Nicéforo Foca, dijo públicamente al obispo de Cremona, enviado del emperador Oton I: "Los soldados de vuestro emperador hacen un dios de su vientre, y no son bravos sino cuando se trata de beber."

Siglo IX. Hallamos en este siglo el uso de mezclar la cerveza con vino y beber de esto buenas dosis. Se habia introducido este uso hasta en los monasterios, haciéndose una ley de ellos. El concilio de Aix-la-Chapelle, para prevenir los abusos que pudieran resultar, regló en 817 la cantidad de uno y otro licor que pudiera darse diariamente á las personas de ambos sexos, en la forma siguiente:

En un monasterio rico y situado en un pais abundante de vinos, cada canónigo regular tendrá al dia cinco libras de vino y tres la canonesa. Si las viñas son escasas, el canónigo tres de vino y otras tantas de cerveza: la canonesa, dos de uno y dos de otro. Si no hay viñas, el canónigo una libra de vino y cinco de cerveza, y la canonesa una de uno y tres de la otra. El concilio sigue otra proporcion para los monasterios medianamente ricos. Finalmente, si el monasterio es pobre, y bajo el precio del vino, el concilio asigna dos libras; y si no hubiera viñas en el pais, tendrán los monges una libra de vino y tres de cerveza.

En los siglos VIII, VII y VI, estaba de tal ma-

nera estendida la embriaguez, que las leyes ordenaron á los jueces no presentarse en el tribunal sino en ayunas (*).

Los célebres héroes de la *Tabla redonda*, cuyo origen se hace subir al siglo VIII, nos recuerdan el uso predilecto en esta misma denominacion; puesto que ella no era otra cosa que una mesa amplia adonde acudian aquellos guerreros para saciarse; sentándose en círculo, para evitar las cuestiones de precedencia.

Siglo V. El papa Zosimo se vió obligado á prohibir á los eclesiásticos el uso de beber en público y frecuentar las tabernas.

Las comidas fueron el principal placer de los germanos, galos, bretones y de otros pueblos célticos; los cuales se abandonaban á los mas grandes excesos, siempre que se les presentaba la ocasion. Entre estas naciones, dice Pelloutier, no se tenia reunion pública regular, ora para objetos civiles ó motivos religiosos; no se verificaba un matrimonio ó una procesion fúnebre; no se celebraba un dia de nacimiento, ni se creia estable un tratado de paz y alianza, sin una comida clamorosa. La embriaguez penetraba de tal suerte en las habitudes de aquellos pueblos, que la abundancia de la cerveza y otros licores, jamás era olvidada en la descripcion de los bienes que prometia su religion á los guerreros.

(*) En un capitular de Carlos y Luis, se lee: *Rectum et honestum videtur ut iudices jejuni causas audiant et discernant.*

Dióodoro Sículo, hablando de los galos, dice que muchas veces en medio de la bebida, se ponen á reñir y se batén con el mas grande furor. Tácito dice lo mismo de los germanos.

Robertson, describiendo las costumbres de nuestros indígenas de América, dice: "Cualquiera que sea el pretexto y la ocasion con que se reúnen los americanos, la reunion va á parar en borrachera. Muchas de sus fiestas no tienen otro objeto, y se dan la enhorabuena por la vuelta de las mismas, con trasportes de alegría. No estando ellos acostumbrados á refrenar ningun apetito, no ponen límites ni á esto. La comilitona dura algunos dias sin intermision; y por funestos que sean los efectos del desarreglo, jamás dejan de beber hasta que no queda gota de licor. Las personas del mas alto rango, los mas distinguidos guerreros y gefes de mayor fama por su discrecion, no saben vencerse á sí mismos mas que cualquier individuo oscuro de la comunidad. Su anhelo por el goce presente, los ciega respecto de sus funestas consecuencias; y los mismos hombres, que en otras ocasiones muestran estar dotados de una fuerza mental mas que humana, son en esta ocasion inferiores á niños en prevision y consideracion, y meros esclavos de un brutal apetito. Cuando sus pasiones, naturalmente impetuosas, son escaltadas por la bebida, se hacen reos de los mas enormes ultrajes, y la fiesta raras veces acaba sin algun acto de violencia ó sin derramamiento de sangre."

En todos tiempos y lugares la intensidad de las pasiones crece á medida que disminuye su número; y las pasiones animales se muestran tanto mas fuertes, quanto es mas lánguido el ejercicio de las fuerzas intelectuales.

En el actual estado de civitizacion, nos quedan ciertamente algunos viciosos entregados á la embriaguez; pero el vicio se ha concentrado en los mas miserables de la plebe, esceptuándose los países muy frios, donde la fuerza del clima repele todavía los efectos de la civilizacion.

Este es el lugar de hacer observar la sublime agudeza de ciertos moralistas pedantes, que reprenden á la actual civilizacion haber estendido el número de los manjares y bebidas. Ellos no llegan á entender que la multiplicidad de los gustos ha debilitado la sensualidad y disminuido el poder de satisfacerla. Lo que se gasta en yerbas no puede emplearse en carne: el café, té y otras de estas bebidas, mas inocentes que el aguardiente y vino, absorven parte del dinero que se consagraba á esos licores.

Nuestros mayores se comian y bebian aquella riqueza que nosotros conservamos bajo la forma de cubiertos, platos, servicio de mesa, &c.

A proporcion que crecen los adornos de la mesa, decrece, en igualdad de circunstancias, el capital que va al estómago. El artesano que va á la tienda del comerciante para comprar dos servilletas en

vez de una, debe abstenerse las mas veces de ir á la taberna. La decantada sencillez de nuestros mayores los inducia á beber en un solo frasco, que giraba entre los comensales; la urbanidad moderna, requiere mas botellas sobre la mesa y una copa para cada uno de los convidados. Así, *se bebe actualmente menos vino, precisamente porque hay mas botellas y mas copas*; y los modernos son menos dados á la embriaguez que los antiguos, porque se sientan á comer sobre mejores asientos, cuando los otros lo hacian por tierra: dígase otro tanto de los demás muebles.

CAPÍTULO IV.

Esceso en las diversiones corpóreas.

En el intervalo entre una y otra digestion, las personas desocupadas en los tiempos civilizados, ó alimentan el espíritu con amenas lecturas, ó cultivan sentimientos nobles en las tertulias, ó dejan vagar la fantasía en el teatro entre las imágenes de lo bello, pasando con feliz alternativa de las ideas á los sentimientos, de éstos á las imágenes, y tal vez asociándolos todos con aumento de placer. Al contrario, en los tiempos de rustiquez y barbarie la necesidad de sentir encuentra su pasto *principalmente* en nadar, correr, saltar, tirar la barra, lanzar piedras ó saetas, manejar caballos, conducir carruages ú otros semejantes ejercicios corpóreos, que adiestran al hombre para la guerra y la caza. Todo se reduce á movimientos del cuerpo, en que el espíritu y el ánimo no toman parte en ellos.

Ejercicios guerreros. La guerra, por cuanto es de un lado muy fecunda en sensaciones corpóreas muy enérgicas, y de otro procura ganancias eventuales en poco tiempo, es la pasión principal de los pueblos bárbaros y semi-bárbaros. Sus diversiones suelen ser por esto batallas fingidas, ó como de-